SEDUCCIÓN

La vida gris y monótona de Miguel se llenaba de colores los miércoles de tarde, cuando concurría a la Casa Azul. Allí se impartía el Taller de Arte y Movimiento, siendo éste uno de los placeres más disfrutables a su edad. Allí se reeditaba la camaradería y el compañerismo de los años del colegio secundario.

Marcos, joven dinámico y ameno, estaba al frente de dicho taller, imprimiéndole matices literarios, artísticos y lúdicos, estimulando siempre la memoria, el conocimiento y la recreación.

Miguel era un hombre refinado y ávido de conocimientos. Había perdido en parte la elegancia que lo caracterizaba, pero conservaba la pulcritud de sus años juveniles. Apenas conversaba con algún amigo del pasado, pues su compañera, amiga y confidente, siempre fue Eloísa. Hacía diez años que había partido, dejándole como gran peso, la soledad que lo acompañaba.

Un miércoles de mediados de mayo, Marcos colocó en la espalda de cada uno de los integrantes del taller, una hoja en blanco, debidamente adherida a la ropa, solicitándoles a cada uno, que escribieran a sus compañeros, una frase o un pensamiento representativos de la relación que los unía. Y así con diferentes colores se escribieron cientos de dedicatorias profundas , superficiales, extensas , escuetas, pero sinceras y esmeradas. Marcos les aclaró algo importante, debían ser anónimas. Y tampoco en el futuro sería ético andar por ahí buscando al autor.

Este juego finalizó a la misma hora que el taller, por lo que cada uno tomó su hoja y sin leerla, se la llevó a su casa, previa despedida de los compañeros y del profesor.

Miguel caminó lento y pausado, con una libertad desconocida , las diez cuadras que lo separaban de su casa. Una vez allí, se preparó un café con tostadas y se dispuso expectante a leer la hoja.

Encontró lindas frases que transmitían cariño y reconocimiento, hasta que una escrita en rojo fluorescente, lo conmovió : “Silencioso y cubierto de polvo. Así te veo. Déjame desempolvarte y envolverte de sonidos y colores”.

Quedó desestabilizado y perturbado ante esa frase seductora y plena de promesas.

Fueron varias las interrogantes de Miguel. ¿Me ve como el arpa de Bécquer ?

¿Cubierto de polvo? ¿Será literal o metafórico? Eso lo preocupaba, pero en una charla consigo mismo, no dudó del aspecto metafórico del comentario. Ella lo veía gris. Sin duda. Y eso quiso expresar. Gris era su vida y gris era él. Por

eso, la promesa de invadirlo de colores. Esas palabras resaltadas en la hoja, despertaron en él, una inquietud y un frenesí sin igual. Se esmeraba cada vez más en la vestimenta, buscando ropas más coloridas y juveniles. Modernizaba su corte de pelo. Releía libros de autores del romanticismo, incluidas todas las Rimas de Bécquer. Soñaba, pensaba, imaginaba una mujer a su lado compartiendo instantes, años, la vida misma. La tristeza de sus ojos había desparecido.

La otra gran interrogante de Miguel se refería a la autora de la frase estampada en rojo pasión. ¿ O autor? Se cuestionaba estar más cautivado por la frase misma que por la autora. ¿Pero quién podría resistirse a tan seductora promesa ?

Y así pasaron horas, días y noches, imaginando una u otra persona, descartando los hombres pues eran muy pocos y todos buscaban sin disimulo conquistar mujeres con cualquier envase yl contenido.

También descartó a las menos agraciadas, a las más seniles y a las casadas o comprometidas en una relación. El pensaba que en ninguno de estos grupos podría haber una mujer osada, audaz y trasgresora como sin duda debía ser la autora de la frase.

Una tarde soleada, Marcos les solicitó recorrer el barrio de la Casa Azul, en grupos de a dos, lápiz y papel en mano, observando y percibiendo cada detalle del recorrido, y anotar cualquier posible fuente de inspiración de una poesía o un cuento. Miguel hizo ese recorrido de anchas calles y frondosos árboles, con Graciela. Era una mujer de rasgos toscos, pero con una sonrisa que iluminaba cualquier rincón. En ese paseo vio a una mujer más atractiva y más profunda que la que veía asiduamente. Admiraba los autores rusos, Chéjov y Dostoyevski y también autores románticos de la talla de Víctor Hugo. Escribía cuentos y versos y devoraba libros. Esa veta artística hizo pensar a Miguel que Graciela podría ser la misteriosa dama.

Y comenzó a dormir y despertar , pensando en Graciela. Pero en el horario del taller, no percibía ningún indicio que revelase una preferencia por él.

El día del cumpleaños de Marcos, se quedaron un rato más después de finalizado el curso. Compartieron risas, charlas, bebidas y sabrosas elaboraciones caseras. Mabel se mostró muy solícita y gentil, ofreciéndole bebidas y postres, a cada instante. Ella debe ser la que me quita el sueño, me desvela y hasta despierta mis deseos eróticos dormidos hace años, pensaba Miguel ensimismado. Notaba en su mirada una luminosidad vivaz y pícara. Mabel era una mujer elegante y bonita pero más frívola y superficial que Graciela.

La duda lo hacía vibrar, recorrer sus mundos interiores, hablar consigo mismo, volverse más extrovertido y comunicativo. Pero le dolía…

¿Graciela? ¿Mabel? ¿Mercedes? Ésta última lo buscaba con la mirada, lo encontraba, a veces le sonreía, sin atreverse a nada. Ni él ni ella. Estaba enamorado, seducido, pero no sabía por quién. Así vivió un mundo de fantasías y magia, devaneos sensoriales, éxtasis, perdiéndose en disgresiones que a la nada conducían.

En febrero del año siguiente, decidieron organizar un baile de disfraces. En un espacio rodeado de naturaleza y esplendor.

Quedó deslumbrado con los atuendos, de muñeca, de arlequín, de Caperucita, de hada. Magníficos disfraces que mantenían vivo el misterio. Miguel consiguió un par de cubrebotas, un pañuelo con antifaz, una capa y un cinturón e hizo su aparición como “El Zorro”. Algunas compañeras eran fáciles de identificar pero otras eran verdaderos misterios a descifrar.

Hasta que apareció la princesa, ataviada pomposamente, sin prisa, llevando un arpa de hilo y cartón de mediano tamaño, que la abrazaba por la espalda. Quedó cautivado. Era ella, si. Era la señal. La sacó a bailar para oír su voz. En sus primeras palabras reconoció el tono suave y melodioso de Beatriz.

Y quedó suspendido en el aire…¡Beatriz era casada !

Y en ese momento, divisa un trozo de cartón atado al arpa, con palabras resaltadas …”De su dueño, tal vez olvidada” .